

EL QUEBRANTAMIENTO

Queremos ser muy sencillos al hablar de avivamiento. Avivamiento es, nada más y nada menos que la vida de nuestro Señor Jesús derramada en los corazones humanos, quien es siempre victorioso, y por lo cual, en el cielo le están alabando sin cesar. Nosotros podemos vivir experiencias ya sea de fracaso o de aridez espiritual, pero El nunca es derrotado, y su poder no tiene límites. Sólo necesitamos tener una buena relación con El para ver su poder demostrado en nuestros corazones, en nuestras vidas, y en nuestro servicio. Así su vida victoriosa nos llenará, y se desbordará sobre noso-

tros. Esto es en esencia lo que quiere decir avivamiento.

Si queremos tener una buena relación con Jesús, lo primero que tenemos que aprender, es a dejar que nuestra voluntad sea quebrantada y sometida a la suya. *El principio de avivamiento es el quebrantamiento.* Es doloroso y humillante, pero es la única manera de obtenerlo. Es ser, *No yo, sino Cristo*, Gálatas 2.20. El *yo* tiene que doblegarse ante Cristo, quien no puede vivir plenamente en nosotros y revelarse a sí mismo por medio nuestro hasta que ese *yo* duro y soberbio, que se justifica, que quiere hacer siempre su voluntad, que reclama sus derechos y busca su propia gloria, al fin baja la cabeza ante la voluntad de Dios, admite su error, rinde su voluntad a la de El, entregando sus derechos y despojándose de su propia gloria para que el Señor Jesucristo lo tenga todo y sea el todo. En otras palabras, es el hecho de morir al *yo* y al deseo de poseerlo todo para sí mismo.

Mirando con toda honestidad nuestras vidas cristianas, podemos ver cuánto hay de este *Yo* en cada uno de nosotros.

Muchas veces es el *yo* el que trata de vivir la vida cristiana. El sólo hecho de que usemos la palabra “tratar de”, indica que es el *yo* el responsable. Muchas veces también, es él quien hace la obra cristiana. Es siempre el *yo* el que se irrita, el que es envidioso, se resiste, critica, se incomoda y preocupa. Es el *yo* el que es duro y sin compasión hacia los demás. Es el *yo*, el que es esquivo, egoísta y reservado. Entonces, no debe sorprendernos el hecho de que necesitemos ser quebrantados. Mientras el *yo*, tenga el control, Dios no podrá hacer mucho con nosotros, porque todo el fruto del Espíritu enumerado en Gálatas 5:22-23, del cual Dios desea llenarnos, es completamente opuesto a ese espíritu duro y no quebrantado de nosotros.

El quebrantamiento es obra tanto de Dios como de nosotros. El nos deja oír su voz, pero a la vez nos permite escoger. Si queremos tener comunión con el Altísimo, la primera condición es, estar dispuestos para que su luz nos alumbre, teniendo en verdad un espíritu abierto para dejarnos redargüir y convencer por el Espíritu Santo. Mientras buscamos la

comuni3n con Dios, El nos mostrar3 la expresi3n de ese *yo* soberbio y duro que le causa tanto dolor. Es entonces cuando debemos decidir, o endurecer la cerviz rehusando arrepentirnos, o inclinar la cabeza y decir: "S3 Se3or". Ser quebrantado cada d3a es sencillamente, la humilde respuesta a la continua acusaci3n de Dios, cuyo resultado es quebrantamiento continuo. Esto puede resultarnos muy caro a medida que veamos cu3nto tenemos que rendir de nuestros propios derechos e intereses, adem3s de la confesi3n y restituci3n que muchas veces son necesarias.

Por esta raz3n, no hay otra posibilidad de ser quebrantados, sino ante la cruz de Jes3s. La buena voluntad que El mostr3 para ser quebrantado por causa nuestra, es lo que nos debe motivar a ser quebrantados. As3 podemos ver al que . . . *siendo en forma de Dios, no estim3 el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despoj3 a s3 mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condici3n de hombre, se humill3 a s3 mismo, haci3ndose obediente hasta la muerte, y muerte de*

cruz,. Filipenses 2:6-8. Siervo de Dios y Siervo de los hombres. Le vemos listo a renunciar a todos sus derechos; sin hogar, sin ningunas posesiones. Sin devolver maldición por maldición, dispuesto a ser pisoteado por los hombres sin defenderse. Pero sobre todo le vemos quebrantado dirigiéndose humildemente hacia el Calvario para ser la víctima sacrificial de los hombres, llevando los pecados en su cuerpo sobre el madero. En un pasaje patético del Salmo 22:6, El dice: *Mas yo soy gusano y no hombre. ...* Los que han estado en tierras tropicales dicen que hay una gran diferencia entre el proceder del gusano y la serpiente al ser atacados. La serpiente se endereza y trata de morder (un verdadero cuadro del *yo*), mientras que el gusano no ofrece ninguna resistencia, dejándose hacer lo que a uno se le antoje; ya sea chusarlo o pisotearlo (un verdadero cuadro del espíritu quebrantado). Eso estuvo dispuesto Jesús a ser por nosotros; un gusano y no hombre. ¿Por qué lo hizo? Porque nos vio como gusanos que habíamos perdido todo derecho por causa de nuestro pecado, mereciendo solamente el infierno. Ahora nos llama para

tomar nuestro verdadero lugar, como gusanos delante de El y para El. Todo el Sermón del Monte con sus bellas enseñanzas de no vengarnos, de amar a nuestros enemigos y de dar sin esperar alguna recompensa, da a entender que esta debe ser nuestra actitud. Pero sólo la visión de Aquel que es amor y estuvo listo para ser quebrantado por nosotros puede constreñirnos a estar listos para hacer lo mismo.

Padre, doblega mi soberbia y dureza, y ayúdame a inclinar mi cabeza, y morir mirando a Aquel que en el Calvario inclinó la suya por mí.

Pero el morir al *yo*, no es algo que hacemos una vez para siempre. Puede haber un comienzo para morir a él cuando por primera vez Dios nos muestre algunas cosas, pero de ahí en adelante esta experiencia deberá ser constante. Sólo así podrá el Señor ser manifestado continuamente en nosotros, 2 Corintios 4:10. Siempre tendremos la libertad de escoger en mil maneras, pero al morir al *yo* ningún plan, tiempo, dinero o placer nos pertenece. Significa también, una permanente entrega de nuestro ser a los

que nos rodean. Nuestra entrega a Dios se mide por nuestra entrega a los demás. Cada persona que trata de vejarnos y humillarnos es el instrumento que Dios usa para quebrantarnos con el fin de que haya un canal más hondo para la vida de Cristo.

La única vida que agrada a Dios y que puede ser victoriosa es la vida de Cristo, de ninguna manera la nuestra; no importa cuánto nos esforcemos para agradarle. Mientras nuestra vida esté centrada en el *yo*, lo cual es totalmente opuesto a El, nunca podremos reflejar su vida en nosotros a menos que estemos preparados por Dios para morir constantemente y decidir hacer siempre su voluntad divina.